

CANTO GENERAL

PABLO NERUDA  
CANTO GENERAL

© Fundación Pablo Neruda

© Pehuén Editores  
María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago.  
Fono (56-2) 225 62 64 - 204 93 99  
editorial@pehuen.cl  
www.pehuen.cl

Inscripción N° 147.387  
ISBN 978-956-16-0394-3

Primera edición, julio de 2005  
Segunda edición, febrero de 2008

Diseño y diagramación  
*Ximena Silva V.*  
*Olaya Fernández A.*

Impresión  
*Maval*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



## PRÓLOGO

EL *CANTO GENERAL* SE DIVIDE en quince partes, cada una de las cuales incluye poemas en variado número y extensión. A primera vista pudiera pensarse que la estructura de la obra es desigual o desequilibrada. Es un engaño óptico producido por la proliferación de temas, títulos y subtítulos, y por la forma irregular de las diferentes secciones. Además, la crítica se ha ocupado de algunas partes más que de otras y ha popularizado ciertos poemas, tal vez tratando de imponer la necesidad de una reordenación antológica.

Una lectura cuidadosa del poema, con una perspectiva a la vez amplia y ceñida, nos convence de cuán injusta y errada es esa primera impresión, ya que Neruda, no obstante haber escrito su libro en la clandestinidad política, planeó cuidadosamente el texto, se documentó con gran paciencia y produjo un diseño de sólido equilibrio. Obviamente, no se trata de una estructura de armonía clásica; Neruda se mueve simultáneamente en multiplicidad de planos y destaca algunos motivos por su importancia histórica o por su proyección épica. Asimismo, la obra descansa en tres pilares fundamentales: “Alturas de Macchu Picchu”, “El gran océano” y “Yo soy”; y es natural que estos poemas dominen el primer plano de la epopeya; pero de ellos arrancan estructuras menores de maestra composición que el lector debe evaluar en su contexto, pues la armonía creada por Neruda es preponderantemente barroca, de modo que las partes y el todo se sostienen

mutuamente y llenan su espacio en estricto orden de contrapeso y balance.

El poema se mueve con el movimiento del mar, avanza y retrocede, construye y borra, se levanta y desciende, arrastra y entrega, visita la tierra con su lengua poderosa y deja sentencias escritas en la arena; penetra secretos pasajes, busca raíces, choca y se encrespa, amenaza y se desploma con peso cataclísmico, se extiende también y descansa para dejar el paso a voces modestas, rumores del hombre en su faena diaria; es, entonces, mar apacible bajo soles lejanos, o calma oscuridad reflejando el paso de lunas que miden el tiempo, pero vuelve siempre a recapturar la línea que se aproxima desde el horizonte.

El personaje que habla, o canta, desciende a las profundidades de la tierra y del océano a sentir la materia en el acto del génesis, pero asciende, asimismo, a las alturas de la montaña buscando la suprema revelación, enfrentado al misterio de la enajenación histórica y de la muerte. Conquistadores se oponen a libertadores; dictadores, a héroes populares; países doblegados hablan en nombre de la resistencia, hombres y mujeres expresan la solidaridad en el desempeño de sus oficios, de su rebelión, de la victoria o la derrota; son a veces ríos y, a veces, cereales, son pájaros o plantas o árboles, son piedras o son arena, son la integración o la división, el trabajo y la huelga, el amor, pero también la traición; son pasión y son olvido, en el mar se encuentran y regresan a poblar una tierra que debe ser libre para sobrevivir y dignificar al ser humano.

La unidad orgánica de este mundo trasciende los términos de la realidad inmediata; la fusión —eso que Walt Whitman llamaba *adhesiveness*— de los seres y las cosas resulta de una armonía en la acción, no en postulaciones. En la participación, no en la marginación.

Así se lee esta epopeya, de vaivén en vaivén, calmamente; posiblemente con tranquilo arrebató, y así se escucha su poderoso mensaje oral, la voz única y múltiple en enunciación sonora, indivisible, coral, que el apasionado hablante deja sonar a través de un tiempo y un espacio ilimitados... Al *Canto general* se entra a convivir con un pueblo que revisa su historia, reconstruye ambientes y saca sus consecuencias.

Del prólogo de Fernando Alegría

## LA LÁMPARA EN LA TIERRA

## AMOR AMÉRICA (1400)

**A**NTES de la peluca y la casaca  
 fueron los ríos, ríos arteriales:  
 fueron las cordilleras, en cuya onda raída  
 el cóndor o la nieve parecían inmóviles:  
 fue la humedad y la espesura, el trueno  
 sin nombre todavía, las pampas planetarias.

El hombre tierra fue, vasija, párpado  
 del barro trémulo, forma de la arcilla,  
 fue cántaro caribe, piedra chibcha,  
 copa imperial o sílice araucana.  
 Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura  
 de su arma de cristal humedecido,  
 las iniciales de la tierra estaban  
 escritas.

Nadie pudo  
 recordar después: el viento  
 las olvidó, el idioma del agua  
 fue enterrado, las claves se perdieron  
 o se inundaron de silencio o sangre.

No se perdió la vida, hermanos pastorales.  
 Pero como una rosa salvaje  
 cayó una gota roja en la espesura,  
 y se apagó una lámpara de tierra.

*Yo estoy aquí para contar la historia.  
Desde la paz del búfalo  
hasta las azotadas arenas  
de la tierra final, en las espumas  
acumuladas de la luz antártica,  
y por las madrigueras despeñadas  
de la sombría paz venezolana,  
te busqué, padre mío,  
joven guerrero de tiniebla y cobre,  
o tú, planta nupcial, cabellera indomable,  
madre caimán, metálica paloma.  
Yo, incásico del légamo,  
toqué la piedra y dije:*

*Quién  
me espera? Y apreté la mano  
sobre un puñado de cristal vacío.  
Pero anduve entre flores zapotecas  
y dulce era la luz como un venado,  
y era la sombra como un párpado verde.*

*Tierra mía sin nombre, sin América,  
estambre equinoccial, lanza de púrpura,  
tu aroma me trepó por las raíces  
hasta la copa que bebía, hasta la más delgada  
palabra aún no nacida de mi boca.*

#### VEGETACIONES

**A** LAS tierras sin nombre y  
sin números  
bajaba el viento desde otros dominios,  
traía la lluvia hilos celestes,  
y el dios de los altares impregnados  
devolvía las flores y las vidas.

En la fertilidad crecía el tiempo.

El jacarandá elevaba espuma  
hecha de resplandores transmarinos,  
la araucaria de lanzas erizadas  
era la magnitud contra la nieve,  
el primordial árbol caoba  
desde su copa destilaba sangre,  
y al Sur de los alerces,  
el árbol trueno, el árbol rojo,  
el árbol de la espina, el árbol madre,  
el ceibo bermellón, el árbol caucho,  
eran volumen terrenal, sonido,  
eran territoriales existencias.

Un nuevo aroma propagado  
llenaba, por los intersticios  
de la tierra, las respiraciones  
convertidas en humo y fragancia:  
el tabaco silvestre alzaba  
su rosal de aire imaginario.  
Como una lanza terminada en fuego  
apareció el maíz, y su estatura  
se desgranó y nació de nuevo,  
diseminó su harina, tuvo  
muertos bajo sus raíces,  
y luego, en su cuna, miró  
crecer los dioses vegetales.  
Arruga y extensión diseminaba  
la semilla del viento  
sobre las plumas de la cordillera,  
espesa luz de germen y pezones,  
aurora ciega amamantada  
por los ungüentos terrenales

de la implacable latitud lluviosa,  
 de las cerradas noches manantiales,  
 de las cisternas matutinas.  
 Y aún en las llanuras  
 como láminas de planeta,  
 bajo un fresco pueblo de estrellas,  
 rey de la hierba, el ombú detenía  
 el aire libre, el vuelo rumoroso  
 y montaba la pampa sujetándola  
 con su ramal de riendas y raíces.

América arboleda,  
 zarza salvaje entre los mares,  
 de polo a polo balanceabas,  
 tesoro verde, tu espesura.

Germinaba la noche  
 en ciudades de cáscaras sagradas,  
 en sonoras maderas,  
 extensas hojas que cubrían  
 la piedra germinal, los nacimientos.  
 Útero verde, americana  
 sabana seminal, bodega espesa,  
 una rama nació como una isla,  
 una hoja fue forma de la espada,  
 una flor fue relámpago y medusa,  
 un racimo redondeó su resumen,  
 una raíz descendió a las tinieblas.

## II

*ALGUNAS BESTIAS*

**E**RA el crepúsculo de la iguana.

Desde la arcoirisada crestería  
 su lengua como un dardo  
 se hundía en la verdura,  
 el hormiguero monacal pisaba  
 con melodioso pie la selva,  
 el guanaco fino como el oxígeno  
 en las anchas alturas pardas  
 iba calzando botas de oro,  
 mientras la llama abría cándidos  
 ojos en la delicadeza  
 del mundo lleno de rocío.  
 Los monos trenzaban un hilo  
 interminablemente erótico  
 en las riberas de la aurora,  
 derribando muros de polen  
 y espantando el vuelo violeta  
 de las mariposas de Muzo.  
 Era la noche de los caimanes,  
 la noche pura y pululante  
 de hocicos saliendo del légamo,  
 y de las ciénagas soñolientas  
 un ruido opaco de armaduras  
 volvía al origen terrestre.

El jaguar tocaba las hojas  
 con su ausencia fosforescente,  
 el puma corre en el ramaje  
 como el fuego devorador  
 mientras arden en él los ojos  
 alcohólicos de la selva.

Los tejones rascan los pies  
del río, husmean el nido  
cuya delicia palpitante  
atacarán con dientes rojos.

Y en el fondo del agua magna,  
como el círculo de la tierra,  
está la gigante anaconda  
cubierta de barro rituales,  
devoradora y religiosa.

### III

#### VIENEN LOS PÁJAROS

**T**ODO era vuelo en nuestra tierra.  
Como gotas de sangre y plumas  
los cardenales desangraban  
el amanecer de Anáhuac.  
El tucán era una adorable  
caja de frutas barnizadas,  
el colibrí guardó las chispas  
originales del relámpago  
y sus minúsculas hogueras  
ardían en el aire inmóvil.

Los ilustres loros llenaban  
la profundidad del follaje  
como lingotes de oro verde  
recién salidos de la pasta  
de los pantanos sumergidos,  
y de sus ojos circulares  
miraba una argolla amarilla,  
vieja como los minerales.  
Todas las águilas del cielo  
nutrían su estirpe sangrienta

en el azul inhabitado,  
y sobre las plumas carnívoras  
volaba encima del mundo  
el cóndor, rey asesino,  
fraile solitario del cielo,  
talismán negro de la nieve,  
huracán de la cetrería.

La ingeniería del hornero  
hacía del barro fragante  
pequeños teatros sonoros  
donde aparecía cantando.

El atajacaminos iba  
dando su grito humedecido  
a la orilla de los cenotes.  
La torcaza araucana hacía  
ásperos nidos matorrales  
donde dejaba el real regalo  
de sus huevos empavonados.

La loica del Sur, fragante,  
dulce carpintera de otoño,  
mostraba su pecho estrellado  
de constelación escarlata,  
y el austral chingolo elevaba  
su flauta recién recogida  
de la eternidad del agua.

Mas, húmedo como un nenúfar,  
el flamenco abría sus puertas  
de sonrosada catedral,  
y volaba como la aurora,

lejos del bosque bochornoso  
 donde cuelga la pedrería  
 del quetzal, que de pronto despierta,  
 se mueve, resbala y fulgura  
 y hace volar su brasa virgen.

Vuela una montaña marina  
 hacia las islas, una luna  
 de aves que van hacia el Sur,  
 sobre las islas fermentadas  
 del Perú.

Es un río vivo de sombra,  
 es un cometa de pequeños  
 corazones innumerables  
 que oscurecen el sol del mundo  
 como un astro de cola espesa  
 palpitando hacia el archipiélago.

Y en el final del iracundo  
 mar, en la lluvia del océano,  
 surgen las alas del albatros  
 como dos sistemas de sal,  
 estableciendo en el silencio,  
 entre las rachas torrenciales,  
 con su espaciosa jerarquía  
 el orden de las soledades.

#### IV

#### *LOS RÍOS ACUDEN*

**A**MADA de los ríos, combatida  
 por agua azul y gotas transparentes,  
 como un árbol de venas es tu espectro  
 de diosa oscura que muerde manzanas:  
 al despertar desnuda entonces,

eras tatuada por los ríos,  
 y en la altura mojada tu cabeza  
 llenaba el mundo con nuevos rocíos.  
 Te trepidaba el agua en la cintura.  
 Eras de manantiales construida  
 y te brillaban lagos en la frente.  
 De tu espesura madre recogías  
 el agua como lágrimas vitales,  
 y arrastrabas los cauces a la arena  
 a través de la noche planetaria,  
 cruzando ásperas piedras dilatadas,  
 rompiendo en el camino  
 toda la sal de la geología,  
 cortando bosques de compactos muros,  
 apartando los músculos del cuarzo.

#### ORINOCO

Orinoco, déjame en tus márgenes  
 de aquella hora sin hora:  
 déjame como entonces ir desnudo,  
 entrar en tus tinieblas bautismales.  
 Orinoco de agua escarlata,  
 déjame hundir las manos que regresan  
 a tu maternidad, a tu transcurso,  
 río de razas, patria de raíces,  
 tu ancho rumor, tu lámina salvaje  
 viene de donde vengo, de las pobres  
 y altivas soledades, de un secreto  
 como una sangre, de una silenciosa  
 madre de arcilla.

## AMAZONAS

Amazonas,  
 capital de las sílabas del agua,  
 padre patriarca, eres  
 la eternidad secreta  
 de las fecundaciones,  
 te caen ríos como aves, te cubren  
 los pistilos color de incendio,  
 los grandes troncos muertos te pueblan de perfume,  
 la luna no te puede vigilar ni medirte.  
 Eres cargado con esperma verde  
 como un árbol nupcial, eres plateado  
 por la primavera salvaje,  
 eres enrojecido de maderas,  
 azul entre la luna de las piedras,  
 vestido de vapor ferruginoso,  
 lento como un camino de planeta.

## TEQUENDAMA

Tequendama, recuerdas  
 tu solitario paso en las alturas  
 sin testimonio, hilo  
 de soledades, voluntad delgada,  
 línea celeste, flecha de platino,  
 recuerdas paso a paso  
 abriendo muros de oro  
 hasta caer del cielo en el teatro  
 aterrador de la piedra vacía?

## BÍO-BÍO

Pero háblame, Bío-Bío,  
 son tus palabras en mi boca  
 las que resbalan, tú me diste

el lenguaje, el canto nocturno  
 mezclado con lluvia y follaje.  
 Tú, sin que nadie mirara a un niño,  
 me contaste el amanecer  
 de la tierra, la poderosa  
 paz de tu reino, el hacha enterrada  
 con un ramo de flechas muertas,  
 lo que las hojas del canelo  
 en mil años te relataron,  
 y luego te vi entregarte al mar  
 dividido en bocas y senos,  
 ancho y florido, murmurando  
 una historia color de sangre.

## V

## MINERALES

**MADRE** de los metales, te quemaron,  
 te mordieron, te martirizaron,  
 te corroyeron, te pudrieron  
 más tarde, cuando los ídolos  
 ya no pudieron defenderte.  
 Lianas trepando hacia el cabello  
 de la noche selvática, caobas  
 formadoras del centro de las flechas,  
 hierro agrupado en el desván florido,  
 garra altanera de las conductoras  
 águilas de mi tierra,  
 agua desconocida, sol malvado,  
 ola de cruel espuma,  
 tiburón acechante, dentadura  
 de las cordilleras antárticas,  
 diosa serpiente vestida de plumas  
 y enrarecida por azul veneno,

fiebre ancestral inoculada  
 por migraciones de alas y de hormigas,  
 tembladerales, mariposas  
 de aguijón ácido, maderas  
 acercándose al mineral,  
 por qué el coro de los hostiles  
 no defendió el tesoro?

Madre de las piedras  
 oscuras que teñirían  
 de sangre tus pestañas!  
 La turquesa  
 de sus etapas, del brillo larvario  
 nacía apenas para las alhajas  
 del sol sacerdotal, dormía el cobre  
 en sus sulfúricas estratas,  
 y el antimonio iba de capa en capa  
 a la profundidad de nuestra estrella.  
 La hulla brillaba de resplandores negros  
 como el total reverso de la nieve,  
 negro hielo enquistado en la secreta  
 tormenta inmóvil de la tierra,  
 cuando un fulgor de pájaro amarillo  
 enterró las corrientes del azufre  
 al pie de las glaciales cordilleras.  
 El vanadio se vestía de lluvia  
 para entrar a la cámara del oro,  
 afilaba cuchillos el tungsteno  
 y el bismuto trenzaba  
 medicinales cabelleras.

Las luciérnagas equivocadas  
 aún continuaban en la altura,  
 soltando goteras de fósforo  
 en el surco de los abismos  
 y en las cumbres ferruginosas.

Son las viñas del meteoro,  
 los subterráneos del zafiro.  
 El soldadito en las mesetas  
 duerme con ropa de estaño.

El cobre establece sus crímenes  
 en las tinieblas insepultas  
 cargadas de materia verde,  
 y en el silencio acumulado  
 duermen las momias destructoras.  
 En la dulzura chibcha el oro  
 sale de opacos oratorios  
 lentamente hacia los guerreros,  
 se convierte en rojos estambres,  
 en corazones laminados,  
 en fosforescencia terrestre,  
 en dentadura fabulosa.  
 Yo duermo entonces con el sueño  
 de una semilla, de una larva,  
 y las escalas de Querétaro  
 bajo contigo.

Me esperaron  
 las piedras de luna indecisa,  
 la joya pesquera del ópalo,  
 el árbol muerto en una iglesia  
 helada por las amatistas.

Cómo podías, Colombia oral,  
 saber que tus piedras descalzas  
 ocultaban una tormenta  
 de oro iracundo,  
 cómo, patria  
 de la esmeralda, ibas a ver  
 que la alhaja de muerte y mar,

el fulgor en su escalofrío,  
 escalaría las gargantas  
 de los dinastas invasores?

Eras pura noción de piedra,  
 rosa educada por la sal,  
 maligna lágrima enterrada,  
 sirena de arterias dormidas,  
 belladona, serpiente negra.  
 (Mientras la palma dispersaba  
 su columna en altas peinetas  
 iba la sal destituyendo  
 el esplendor de las montañas,  
 convirtiendo en traje de cuarzo  
 las gotas de lluvia en las hojas  
 y transmutando los abetos  
 en avenidas de carbón).

Corrí por los ciclones al peligro  
 y descendí a la luz de la esmeralda,  
 ascendí al pámpano de los rubíes,  
 pero callé para siempre en la estatua  
 del nitrato extendido en el desierto.  
 Vi cómo en la ceniza  
 del huesoso altiplano  
 levantaba el estaño  
 sus corales ramajes de veneno  
 hasta extender como una selva  
 la niebla equinoccial, hasta cubrir el sello  
 de nuestras cereales monarquías.

## VI

## LOS HOMBRES

COMO la copa de la arcilla era  
 la raza mineral, el hombre  
 hecho de piedras y de atmósfera,  
 limpio como los cántaros, sonoro.  
 La luna amasó a los caribes,  
 extrajo oxígeno sagrado,  
 machacó flores y raíces.  
 Anduvo el hombre de las islas  
 tejiendo ramos y guirnaldas  
 de polimitas azufradas,  
 y soplando el tritón marino  
 en la orilla de las espumas.

El tarahumara se vistió de agujijones  
 y en la extensión del Noroeste  
 con sangre y pedernales creó el fuego,  
 mientras el universo iba naciendo  
 otra vez en la arcilla del tarasco:  
 los mitos de las tierras amorosas,  
 la exuberancia húmeda de donde  
 lodo sexual y frutas derretidas  
 iban a ser actitud de los dioses  
 o pálidas paredes de vasijas.

Como faisanes deslumbrantes  
 descendían los sacerdotes  
 de las escaleras aztecas.  
 Los escalones triangulares  
 sostenían el innumerable  
 relámpago de las vestiduras.  
 Y la pirámide augusta,  
 piedra y piedra, agonía y aire,

en su estructura dominadora  
 guardaba como una almendra  
 un corazón sacrificado.  
 En un trueno como un aullido  
 caía la sangre por  
 las escalinatas sagradas.  
 Pero muchedumbres de pueblos  
 tejían la fibra, guardaban  
 el porvenir de las cosechas,  
 trenzaban el fulgor de la pluma,  
 convencían a la turquesa,  
 y en enredaderas textiles  
 expresaban la luz del mundo.

Mayas, habíais derribado  
 el árbol del conocimiento.  
 Con olor de razas graneras  
 se elevaban las estructuras  
 del examen y de la muerte,  
 y escrutabais en los cenotes,  
 arrojándoles novias de oro,  
 la permanencia de los gérmenes.

Chichén, tus rumores crecían  
 en el amanecer de la selva.  
 Los trabajos iban haciendo  
 la simetría del panal  
 en tu ciudadela amarilla,  
 y el pensamiento amenazaba  
 la sangre de los pedestales,  
 desmontaba el cielo en la sombra,  
 conducía la medicina,  
 escribía sobre las piedras.

Era el Sur un asombro dorado.  
 Las altas soledades  
 de Macchu Picchu en la puerta del cielo  
 estaban llenas de aceites y cantos,  
 el hombre había roto las moradas  
 de grandes aves en la altura,  
 y en el nuevo dominio entre las cumbres  
 el labrador tocaba las semillas  
 con sus dedos heridos por la nieve.

El Cuzco amanecía como un  
 trono de torreones y graneros  
 y era la flor pensativa del mundo  
 aquella raza de pálida sombra  
 en cuyas manos abiertas temblaban  
 diademas de imperiales amatistas.  
 Germinaba en las terrazas  
 el maíz de las altas tierras  
 y en los volcánicos senderos  
 iban los vasos y los dioses.  
 La agricultura perfumaba  
 el reino de las cocinas  
 y extendía sobre los techos  
 un manto de sol desgranado.

(Dulce raza, hija de sierras,  
 estirpe de torre y turquesa,  
 ciérrame los ojos ahora,  
 antes de irnos al mar  
 de donde vienen los dolores).

Aquella selva azul era una gruta  
 y en el misterio de árbol y tiniebla  
 el guaraní cantaba como

el humo que sube en la tarde,  
 el agua sobre los follajes,  
 la lluvia en un día de amor,  
 la tristeza junto a los ríos.

En el fondo de América sin nombre  
 estaba Arauco entre las aguas  
 vertiginosas, apartado  
 por todo el frío del planeta.  
 Mirad el gran Sur solitario.  
 No se ve humo en la altura.  
 Sólo se ven los ventisqueros  
 y el vendaval rechazado  
 por las ásperas araucarias.  
 No busques bajo el verde espeso  
 el canto de la alfarería.

Todo es silencio de agua y viento.

Pero en las hojas mira el guerrero.  
 Entre los alerces un grito.  
 Unos ojos de tigre en medio  
 de las alturas de la nieve.

Mira las lanzas descansando.  
 Escucha el susurro del aire  
 atravesado por las flechas.  
 Mira los pechos y las piernas  
 y las cabelleras sombrías  
 brillando a la luz de la luna.

Mira el vacío de los guerreros.

No hay nadie. Escucha. Trina la diuca  
 como el agua en la noche pura.

Cruza el cóndor su vuelo negro.

No hay nadie. Escuchas? Es el paso  
 del puma en el aire y las hojas.

No hay nadie. Escucha. Escucha el árbol,  
 escucha el árbol araucano.

No hay nadie. Mira las piedras.

Mira las piedras de Arauco.

No hay nadie, sólo son los árboles.

Sólo son las piedras, Arauco.

## II

### ALTURAS DE MACCHU PICCHU

**D**EL aire al aire, como una red vacía,  
iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo,  
en el advenimiento del otoño la moneda extendida  
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,  
lo que el más grande amor, como dentro de un guante  
que cae, nos entrega como una larga luna.

(Días de fulgor vivo en la intemperie  
de los cuerpos: aceros convertidos  
al silencio del ácido:  
noches deshilachadas hasta la última harina:  
estambres agredidos de la patria nupcial).

Alguien que me esperó entre los violines  
encontró un mundo como una torre enterrada  
hundiendo su espiral más abajo de todas  
las hojas de color de ronco azufre:  
más abajo, en el oro de la geología,  
como una espada envuelta en meteoros,  
hundí la mano turbulenta y dulce  
en lo más genital de lo terrestre.

Puse la frente entre las olas profundas,  
descendí como gota entre la paz sulfúrica,  
y, como un ciego, regresé al jazmín  
de la gastada primavera humana.

## II

SI LA flor a la flor entrega el alto germen  
 y la roca mantiene su flor diseminada  
 en su golpeado traje de diamante y arena,  
 el hombre arruga el pétalo de la luz que recoge  
 en los determinados manantiales marinos  
 y taladra el metal palpitante en sus manos.  
 Y pronto, entre la ropa y el humo, sobre la mesa hundida  
 como una barajada cantidad, queda el alma:  
 cuarzo y desvelo, lágrimas en el océano  
 como estanques de frío: pero aún  
 mákala y agonízala con papel y con odio,  
 sumérgela en la alfombra cotidiana, desgárrala  
 entre las vestiduras hostiles del alambre.

No: por los corredores, aire, mar o caminos,  
 quién guarda sin puñal (como las encarnadas  
 amapolas) su sangre? La cólera ha extenuado  
 la triste mercancía del vendedor de seres,  
 y, mientras en la altura del ciruelo, el rocío  
 desde mil años deja su carta transparente  
 sobre la misma rama que lo espera, oh corazón, oh  
 frente triturada  
 entre las cavidades del otoño:

Cuántas veces en las calles de invierno de una ciudad o en  
 un autobús o un barco en el crepúsculo, o en la soledad  
 más espesa, la de la noche de fiesta, bajo el sonido  
 de sombras y campanas, en la misma gruta del placer humano  
 me quise detener a buscar la eterna veta insondable  
 que antes toqué en la piedra o en el relámpago que  
 el beso desprendía.  
 (Lo que en el cereal como una historia amarilla

de pequeños pechos preñados va repitiendo un número  
 que sin cesar es ternura en las capas germinales,  
 y que, idéntica siempre, se desgrana en marfil  
 y lo que en el agua es patria transparente, campana  
 desde la nieve aislada hasta las olas sangrientas).

No pude asir sino un racimo de rostros o de máscaras  
 precipitadas, como anillos de oro vacío,  
 como ropas dispersas hijas de un otoño rabioso  
 que hiciera temblar el miserable árbol de las razas asustadas.

No tuve sitio donde descansar la mano  
 y que, corriente como agua de manantial encadenado,  
 o firme como grumo de antracita o cristal,  
 hubiera devuelto el calor o el frío de mi mano extendida.  
 Qué era el hombre? En qué parte de su conversación abierta  
 entre los almacenes y los silbidos, en cuál de sus movimientos  
 metálicos  
 vivía lo indestructible, lo imperecedero, la vida?

## III

EL SER como el maíz se desgranaba en el inacabable  
 granero de los hechos perdidos, de los acontecimientos  
 miserables, del uno al siete, al ocho,  
 y no una muerte, sino muchas muertes llegaba a cada  
 uno:  
 cada día una muerte pequeña, polvo, gusano, lámpara  
 que se apaga en el lodo del suburbio, una pequeña  
 muerte de alas gruesas  
 entraba en cada hombre como una corta lanza  
 y era el hombre asediado del pan o del cuchillo,  
 el ganadero: el hijo de los puertos, o el capitán oscuro  
 del arado,  
 o el roedor de las calles espesas:

todos fallecieron esperando su muerte, su corta muerte  
diaria:  
y su quebranto aciago de cada día era  
como una copa negra que bebían temblando.

## IV

**LA PODEROSA** muerte me invitó muchas veces:  
era como la sal invisible en las olas,  
y lo que su invisible sabor diseminaba  
era como mitades de hundimientos y altura  
o vastas construcciones de viento y ventisquero.  
Yo al férreo filo vine, a la angostura  
del aire, a la mortaja de agricultura y piedra,  
al estelar vacío de los pasos finales  
y a la vertiginosa carretera espiral:  
pero, ancho mar, oh muerte!, de ola en ola no vienes,  
sino como un galope de claridad nocturna  
o como los totales números de la noche.  
Nunca llegaste a hurgar en el bolsillo, no era  
posible tu visita sin vestimenta roja:  
sin auroral alfombra de cercado silencio:  
sin altos o enterrados patrimonios de lágrimas.

No pude amar en cada ser un árbol  
con su pequeño otoño a cuestras (la muerte de mil hojas),  
todas las falsas muertes y las resurrecciones  
sin tierra, sin abismo:  
quise nadar en las más anchas vidas,  
en las más sueltas desembocaduras,  
y cuando poco a poco el hombre fue negándome  
y fue cerrando paso y puerta para que no tocaran  
mis manos manantiales su inexistencia herida,  
entonces fui por calle y calle y río y río,  
y ciudad y ciudad y cama y cama,

y atravesó el desierto mi máscara salobre,  
y en las últimas casas humilladas, sin lámpara, sin fuego,  
sin pan, sin piedra, sin silencio, solo,  
rodé muriendo de mi propia muerte.

## V

**NO ERES TÚ**, muerte grave, ave de plumas férreas,  
la que el pobre heredero de las habitaciones  
llevaba entre alimentos apresurados, bajo la piel vacía:  
era algo, un pobre pétalo de cuerda exterminada:  
un átomo del pecho que no vino al combate  
o el áspero rocío que no cayó en la frente.

Era lo que no pudo renacer, un pedazo  
de la pequeña muerte sin paz ni territorio:  
un hueso, una campana que morían en él.  
Yo levanté las vendas del yodo, hundí las manos  
en los pobres dolores que mataban la muerte,  
y no encontré en la herida sino una racha fría  
que entraba por los vagos intersticios del alma.

## VI

**ENTONCES** en la escala de la tierra he subido  
entre la atroz maraña de las selvas perdidas  
hasta ti, Macchu Picchu.  
Alta ciudad de piedras escalares,  
por fin morada del que lo terrestre  
no escondió en las dormidas vestiduras.  
En ti, como dos líneas paralelas,  
la cuna del relámpago y del hombre  
se mecían en un viento de espinas.

Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana.

Pala perdida en la primera arena.

Esta fue la morada, éste es el sitio:  
aquí los anchos granos del maíz ascendieron  
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña  
a vestir los amores, los túmulos, las madres,  
el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche  
junto a los pies del águila en las altas guaridas  
carniceras, y en la aurora  
pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida  
y tocaron las tierras y las piedras  
hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos,  
el vestigio del agua en la oquedad sonora,  
la pared suavizada por el tacto de un rostro  
que miró con mis ojos las lámparas terrestres,  
que aceitó con mis manos las desaparecidas  
maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,  
palabras, vino, panes,  
se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos  
de azahar sobre todos los dormidos:  
mil años de aire, meses, semanas de aire,  
de viento azul, de cordillera férrea,  
que fueron como suaves huracanes de pasos  
lustrando el solitario recinto de la piedra.

## VII

**MUERTOS** de un solo abismo, sombras de una hondonada,  
la profunda, es así como al tamaño  
de vuestra magnitud  
vino la verdadera, la más abrasadora  
muerte y desde las rocas taladradas,  
desde los capiteles escarlata,  
desde los acueductos escalares  
os desplomasteis como en un otoño  
en una sola muerte.  
Hoy el aire vacío ya no llora,  
ya no conoce vuestros pies la arcilla,  
ya olvidó vuestros cántaros que filtraban el cielo  
cuando lo derramaban los cuchillos del rayo,  
y el árbol poderoso fue comido  
por la niebla, y cortado por la racha.  
Él sostuvo una mano que cayó de repente  
desde la altura hasta el final del tiempo.  
Ya no sois, manos de araña, débiles  
hebras, tela enmarañada:  
cuanto fuisteis cayó: costumbres, sílabas  
raídas, máscaras de luz deslumbradora.

Pero una permanencia de piedra y de palabra:  
la ciudad como un vaso se levantó en las manos  
de todos, vivos, muertos, callados, sostenidos  
de tanta muerte, un muro, de tanta vida un golpe  
de pétalos de piedra: la rosa permanente, la morada:  
este arrecife andino de colonias glaciales.  
Cuando la mano de color de arcilla  
se convirtió en arcilla, y cuando los pequeños párpados  
se cerraron  
llenos de ásperos muros, poblados de castillos,

y cuando todo el hombre se enredó en su agujero,  
 quedó la exactitud enarbolada:  
 el alto sitio de la aurora humana:  
 la más alta vasija que contuvo el silencio:  
 una vida de piedra después de tantas vidas.

## VIII

**S**UBE conmigo, amor americano.

Besa conmigo las piedras secretas.  
 La plata torrencial del Urubamba  
 hace volar el polen a su copa amarilla.  
 Vuela el vacío de la enredadera,  
 la planta pétrea, la guirnalda dura  
 sobre el silencio del cajón serrano.  
 Ven, minúscula vida, entre las alas  
 de la tierra, mientras —cristal y frío, aire golpeado  
 apartando esmeraldas combatidas,  
 oh, agua salvaje, bajas de la nieve.

Amor, amor, hasta la noche abrupta,  
 desde el sonoro pedernal andino,  
 hacia la aurora de rodillas rojas,  
 contempla el hijo ciego de la nieve.  
 Oh, Wilkamayu de sonoros hilos,  
 cuando rompes tus truenos lineales  
 en blanca espuma, como herida nieve,  
 cuando tu vendaval acantilado  
 canta y castiga despertando al cielo,  
 qué idiomas traes a la oreja apenas  
 desarraigada de tu espuma andina?

Quién apresó el relámpago del frío  
 y lo dejó en la altura encadenado,

repartido en sus lágrimas glaciales,  
 sacudido en sus rápidas espadas,  
 golpeando sus estambres aguerridos,  
 conducido en su cama de guerrero,  
 sobresaltado en su final de roca?

Qué dicen tus destellos acosados?  
 Tu secreto relámpago rebelde  
 antes viajó poblado de palabras?  
 Quién va rompiendo sílabas heladas,  
 idiomas negros, estandartes de oro,  
 bocas profundas, gritos sometidos,  
 en tus delgadas aguas arteriales?

Quién va cortando párpados florales  
 que vienen a mirar desde la tierra?  
 Quién precipita los racimos muertos  
 que bajan en tus manos de cascada  
 a desgranar su noche desgranada  
 en el carbón de la geología?

Quién despeña la rama de los vínculos?  
 Quién otra vez sepulta los adioses?

Amor, amor, no toques la frontera,  
 ni adores la cabeza sumergida:  
 deja que el tiempo cumpla su estatura  
 en su salón de manantiales rotos,  
 y, entre el agua veloz y las murallas,  
 recoge el aire del desfiladero,  
 las paralelas láminas del viento,  
 el canal ciego de las cordilleras,  
 el áspero saludo del rocío,

y sube, flor a flor, por la espesura,  
pisando la serpiente despeñada.

En la escarpada zona, piedra y bosque,  
polvo de estrellas verdes, selva clara,  
Mantur estalla como un lago vivo  
o como un nuevo piso del silencio.

Ven a mi propio ser, al alba mía,  
hasta las soledades coronadas.  
El reino muerto vive todavía.

Y en el Reloj la sombra sanguinaria  
del cóndor cruza como una nave negra.

## IX

ÁGUILA sideral, viña de bruma.  
Bastión perdido, cimitarra ciega.  
Cinturón estrellado, pan solemne.  
Escala torrencial, párpado inmenso.  
Túnica triangular, polen de piedra.  
Lámpara de granito, pan de piedra.  
Serpiente mineral, rosa de piedra.  
Nave enterrada, manantial de piedra.  
Caballo de la luna, luz de piedra.  
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.  
Geometría final, libro de piedra.  
Témpano entre las ráfagas labrado.  
Madrépora del tiempo sumergido.  
Muralla por los dedos suavizada.  
Techumbre por las plumas combatida.  
Ramos de espejo, bases de tormenta.  
Tronos volcados por la enredadera.

Régimen de la garra encarnizada.  
Vendaval sostenido en la vertiente.  
Inmóvil catarata de turquesa.  
Campana patriarcal de los dormidos.  
Argolla de las nieves dominadas.  
Hierro acostado sobre sus estatuas.  
Inaccesible temporal cerrado.  
Manos de puma, roca sanguinaria.  
Torre sombrera, discusión de nieve.  
Noche elevada en dedos y raíces.  
Ventanas de la niebla, paloma endurecida.  
Planta nocturna, estatua de los truenos.  
Cordillera esencial, techo marino.  
Arquitectura de águilas perdidas.  
Cuerda del cielo, abeja de la altura.  
Nivel sangriento, estrella construida.  
Burbuja mineral, luna de cuarzo.  
Serpiente andina, frente de amaranto.  
Cúpula del silencio, patria pura.  
Novia del mar, árbol de catedrales.  
Ramo de sal, cerezo de alas negras.  
Dentadura nevada, trueno frío.  
Luna arañada, piedra amenazante.  
Cabellera del frío, acción del aire.  
Volcán de manos, catarata oscura.  
Ola de plata, dirección del tiempo.

## X

PIEDRA en la piedra, el hombre, dónde estuvo?  
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?  
Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?  
Fuiste también el pedacito roto  
del hombre inconcluso, de águila vacía

que por las calles de hoy, que por las huellas,  
 que por las hojas del otoño muerto  
 va machacando el alma hasta la tumba?  
 La pobre mano, el pie, la pobre vida...  
 Los días de la luz deshilachada  
 en ti, como la lluvia  
 sobre las banderillas de la fiesta,  
 dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro  
 en la boca vacía?  
 Hambre, coral del hombre,  
 hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,  
 hambre, subió tu raya de arrecife  
 hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,  
 muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,  
 roer con un palito los estambres de piedra,  
 subir todos los escalones del aire hasta el vacío,  
 rascar la entraña hasta tocar el hombre.

Macchu Picchu, pusiste  
 piedras en la piedra, y en la base, harapo?  
 Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?  
 Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo  
 goterón de la sangre?  
 Devuélveme el esclavo que enterraste!  
 Sacude de las tierras el pan duro  
 del miserable, muéstrame los vestidos  
 del siervo y su ventana.  
 Dime cómo durmió cuando vivía.  
 Dime si fue su sueño  
 ronco, entreabierto, como un hoyo negro  
 hecho por la fatiga sobre el muro.  
 El muro, el muro! Si sobre su sueño

gravitó cada piso de piedra, y si cayó bajo ella  
 como bajo una luna, con el sueño!

Antigua América, novia sumergida,  
 también tus dedos,  
 al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,  
 bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,  
 mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,  
 también, también tus dedos,  
 los que la rosa abstracta y la línea del frío, los  
 que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron  
 hasta la tela de materia radiante, hasta las duras cavidades,  
 también, también, América enterrada, guardaste en lo  
 más bajo,  
 en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

## XI

**A** TRAVÉS del confuso esplendor,  
 a través de la noche de piedra, déjame hundir la mano  
 y deja que en mí palpite, como un ave mil años prisionera,  
 el viejo corazón del olvidado!  
 Déjame olvidar hoy esta dicha, que es más ancha que el mar,  
 porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas,  
 y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo  
 con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas.  
 Déjame olvidar, ancha piedra, la proporción poderosa,  
 la trascendente medida, las piedras del panal,  
 y de la escuadra déjame hoy resbalar  
 la mano sobre la hipotenusa de áspera sangre y cilicio.  
 Cuando, como una herradura de élitros rojos, el cóndor  
 furibundo  
 me golpea las sienas en el orden del vuelo

y el huracán de plumas carniceras barre el polvo sombrío  
 de las escalinatas diagonales, no veo a la bestia veloz,  
 no veo el ciego ciclo de sus garras,  
 veo el antiguo ser, servidor, el dormido  
 en los campos, veo un cuerpo, mil cuerpos, un hombre,  
 mil mujeres,  
 bajo la racha negra, negros de lluvia y noche,  
 con la piedra pesada de la estatua:  
 Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha,  
 Juan Comefrío, hijo de estrella verde,  
 Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa,  
 sube a nacer conmigo, hermano.

## XII

**S**UBE a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda  
 zona de tu dolor diseminado.  
 No volverás del fondo de las rocas.  
 No volverás del tiempo subterráneo.  
 No volverá tu voz endurecida.  
 No volverán tus ojos taladrados.  
 Mírame desde el fondo de la tierra,  
 labrador, tejedor, pastor callado:  
 domador de guanacos tutelares:  
 albañil del andamio desafiado:  
 aguador de las lágrimas andinas:  
 joyero de los dedos machacados:  
 agricultor temblando en la semilla:  
 alfarero en tu greda derramado:  
 traed a la copa de esta nueva vida  
 vuestros viejos dolores enterrados.  
 Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,

decidme: aquí fui castigado,  
 porque la joya no brilló o la tierra  
 no entregó a tiempo la piedra o el grano:  
 señaladme la piedra en que caísteis  
 y la madera en que os crucificaron,  
 encendedme los viejos pedernales,  
 las viejas lámparas, los látigos pegados  
 a través de los siglos en las llagas  
 y las hachas de brillo ensangrentado.  
 Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.  
 A través de la tierra juntad todos  
 los silenciosos labios derramados  
 y desde el fondo habladme toda esta larga noche,  
 como si yo estuviera con vosotros anclado,  
 contadme todo, cadena a cadena,  
 eslabón a eslabón, y paso a paso,  
 afilad los cuchillos que guardasteis,  
 ponedlos en mi pecho y en mi mano,  
 como un río de rayos amarillos,  
 como un río de tigres enterrados,  
 y dejadme llorar, horas, días, años,  
 edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

### III

## LOS CONQUISTADORES

*¡Collanan Pachacutec! ¡Ricuy  
anceacunac yahuarniy richacaucuta!*

TÚPAC AMARU I

*VIENEN POR LAS ISLAS (1493)*

**L**os carniceros desolaron las islas.  
Guanahaní fue la primera  
en esta historia de martirios.  
Los hijos de la arcilla vieron rota  
su sonrisa, golpeada  
su frágil estatura de venados,  
y aún en la muerte no entendían.  
Fueron amarrados y heridos,  
fueron quemados y abrasados,  
fueron mordidos y enterrados.  
Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals  
bailando en las palmeras,  
el salón verde estaba vacío.

Sólo quedaban huesos  
rígidamente colocados  
en forma de cruz, para mayor  
gloria de Dios y de los hombres.

De las gredas mayores  
y el ramaje de Sotavento  
hasta las agrupadas coralinas  
fue cortando el cuchillo de Narváez.  
Aquí la cruz, aquí el rosario,  
aquí la Virgen del Garrote.  
La alhaja de Colón, Cuba fosfórica,

recibió el estandarte y las rodillas  
en su arena mojada.

## II

## AHORA ES CUBA

**Y** LUEGO fue la sangre y la ceniza.

Después quedaron las palmeras solas.

Cuba, mi amor, te amarraron al potro,  
te cortaron la cara,  
te apartaron las piernas de oro pálido,  
te rompieron el sexo de granada,  
te atravesaron con cuchillos,  
te dividieron, te quemaron.

Por los valles de la dulzura  
bajaron los exterminadores,  
y en los altos mogotes la cimera  
de tus hijos se perdió en la niebla,  
pero allí fueron alcanzados  
uno a uno hasta morir,  
despedazados en el tormento  
sin su tierra tibia de flores  
que huía bajo sus plantas.

Cuba, mi amor, qué escalofrío  
te sacudió de espuma a espuma,  
hasta que te hiciste pureza,  
soledad, silencio, espesura,  
y los huesitos de tus hijos  
se disputaron los cangrejos.

## III

## LLEGAN AL MAR DE MÉXICO

**A** VERACRUZ va el viento asesino.  
En Veracruz desembarcaron los caballos.  
Las barcas van apretadas de garras  
y barbas rojas de Castilla.  
Son Arias, Reyes, Rojas, Maldonados,  
hijos del desamparo castellano,  
concedores del hambre en invierno  
y de los piojos en los mesones.

Qué miran acodados al navío?  
Cuánto de lo que viene y del perdido  
pasado, del errante  
viento feudal en la patria azotada?

No salieron de los puertos del Sur  
a poner las manos del pueblo  
en el saqueo y en la muerte:  
ellos ven verdes tierras, libertades,  
cadenas rotas, construcciones,  
y desde el barco, las olas que se extinguen  
sobre las costas de compacto misterio.

Irían a morir o a revivir detrás  
de las palmeras, en el aire caliente  
que, como un horno extraño, la total bocanada  
hacia ellos dirigen las tierras quemadoras?  
Eran pueblo, cabezas hirsutas de Montiel,  
manos duras y rotas de Ocaña y Piedrahita,  
brazos de herreros, ojos de niños  
que miraban el sol terrible y las palmeras.